

Sesión necrológica

en memoria del Excmo. Sr. Dr.

D. Vicente Sánchis-Bayarri Vaillant

celebrada el 23 de junio de 2011

*Vicente Sanchis-Bayarri Bernal**
Académico Correspondiente de la R. Acad. Med. Comunitat Valenciana

EXCMO. SR. PRESIDENTE;
EXCMOS. E ILMOS. SRES. ACADÉMICOS;
QUERIDA FAMILIA;
SEÑORAS Y SEÑORES:

Es para mí un honor y en cierta medida un compromiso para con mi padre, comparecer hoy en la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana, para recordar la figura de Vicente Sanchis-Bayarri Vaillant, Académico Numerario de esta Corporación y miembro de su Junta de Gobierno.

Una semana antes de morir, conociendo a la perfección su diagnóstico y pronóstico de enfermedad incurable y terminal, con una entereza encomiable propia de los grandes hombres y con la serenidad que le conferían sus profundas convicciones católicas, me dijo: “ahí en ese armario tienes documentación para cuando me tengas que hacer la sesión necrológica”. Interpreté aquellas palabras como un deseo de que así fuera y lo asumí como un tácito y honorífico deber.

Debo agradecer en primer lugar a su esposa y madre mía, María Rosario Bernal, el haber recopilado publicaciones y méritos como para poder “sentarse encima”, según palabras textuales suyas, con las que nos animaba a perseguir esa meta, y a mi hermana María Rosario, por haber mecanografiado las memorias que nuestro padre dejó grabadas durante los últimos meses de su penosa enfermedad.

Vicente Sanchis-Bayarri Vaillant nació el 15 de mayo de 1932 en la Avda. del Marqués de Sotelo número 9 de Valencia, convirtiéndose dos años más tarde en el mayor de dos hermanos. Su padre, médico analista, Catedrático de Microbiología y también Académico Numerario de esta Corporación se había casado cuatro años antes con Madeleine Vaillant; una joven francesa de un pueblecito cercano a Paris, llamado Romanville, y a quien conoció durante sus estudios de postgrado en 1.927 y 28 en el Instituto Pasteur de la capital francesa.

Al estallar la Guerra Civil, su padre decidió permanecer trabajando en el Hospital General, entonces Hospital Provincial de Valencia y que sus hijos Vicente y Magdalena, junto con su esposa Madeleine pasaran la contienda en Romanville, lejos de los bombardeos y de las penurias de la guerra.

De los años que vivió en Francia guardaba un entrañable recuerdo; se integró en la vida del pueblo, siendo escolarizado y obteniendo ya desde muy pequeño excelentes calificaciones. Aprendió el francés como lengua materna e incluso llegó a ser *enfant de core*, es decir, monaguillo en la parroquia del pueblo. En aquel tiempo solía jugar con un niño llamado Janot Pinasa, que años más tarde se convertiría en primo político; desde entonces, ambos procuraron acudir siempre que sus obligaciones se lo permitieran, a los acontecimientos trascendentales en la vida del otro, como bodas de los hijos, bautizos de los nietos o exequias de familiares.

En 1939 regresó a España junto con su hermana y su madre, para lo cual hubieron de permanecer una semana en la frontera de Hendaya a la espera de obtener una autorización que no llegaba. Ante aquellas trabas burocráticas fue providencial la intercesión de Don Antonio Lombart Rodríguez, por aquel entonces aún joven aunque ya prestigioso Anatomopatólogo en San Sebastián.

Una vez en Valencia su padre lo matriculó en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar, en la calle Caballeros nº 39. Sus años de escolarización en la España de la posguerra se caracterizaron por la disciplina, la austeridad y el estoicismo; eran tiempos de fervor patriótico y recelo hacia lo extranjero, por lo que en alusión a su ascendencia y marcado acento francés, sus compañeros le pusieron el sobrenombre de “el franchute”. Esta circunstancia junto a la precaria salud de su madre, le hicieron refugiarse en el estudio y el deporte, de modo que muy pronto empezó a despuntar en ambas disciplinas; durante muchos años fue el primero de su clase, lo que simultaneó con ser capitán del equipo de fútbol y capitán del equipo de baloncesto. Y es que ya desde muy joven destacó por su enorme capacidad de esfuerzo, espíritu de sacrificio y excelente rendimiento académico.

A los dieciocho años superó el examen de estado con Sobresaliente y ese mismo verano se marchó a Londres para aprender inglés. En la capital británica se matriculó en la Academia Masterman & Smith, en Regent’s street, obteniendo su certificado de aptitud. Allí conoció e hizo amistad con Rafael Bartual Vicens, que posteriormente se convertiría en el primer catedrático de Otorrinolaringología como especialidad, en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia. En el año 1950 se matriculó en Medicina, licenciándose en 1956 con Sobresaliente y tras haber obtenido treinta y dos Matrículas de Honor. Durante los veranos universitarios continuó viajando a Inglaterra para consolidar su inglés, y posteriormente a Alemania durante tres veranos más, haciendo lo propio con el alemán.

El tiempo que pasó en Alemania lo aprovechó al máximo, pues como solía decirnos “el tiempo que pierdes ya nunca lo puedes recuperar”. Así, cuando llegó a Hamburgo, se alojó en una casa que le buscó su amigo Eduardo Lys, en el cruce de las calles Hochalle y Rotenbaumschosse, cerca de la Academia de idiomas Berlitz, en la que se matriculó. Pero como quiera que le quedaba tiempo libre y disponía de

certificados que acreditaban su condición de estudiante de Medicina, se presentó en el Hospital Eppendorf, dispuesto a entrevistarse con el Profesor Krauspe para solicitarle un rotatorio. Probablemente al Profesor Krauspe le satisfizo la determinación del joven estudiante, pues tuvo a bien nombrarlo “Famulus”, (en latín: *serviente, ayudante sumiso, esclavo o el que lleva la bandeja*), autorizándole a colaborar con los doctores Schumacher y Mayerarent en la práctica de necropsias clínicas. A partir de ese momento, todas las mañanas ayudaba a realizar autopsias bajo la supervisión de estos dos facultativos. Para un estudiante de Medicina esto era un enorme privilegio, pues en aquella época, como en tantas otras a lo largo de la Historia de la Medicina, lo más profundo que se podía saber de éste Arte, era la Anatomía Patológica. Le impresionó comprobar el alto porcentaje de cirrosis etílicas de entre los alemanes y los pulmones llenos de brea de los fumadores, por lo que decidió claramente que en su vida, no sólo evitaría ambos vicios, sino que sería un firme disuasor. Describía aquellas autopsias como ejemplares; serraban el cerebro e incluso el fémur con una sierra mecánica, partiéndolo por la mitad para ver la médula ósea. Después llegaban los internistas con la historia clínica y la contrastaban con los hallazgos anatomopatológicos; todo ello con el máximo rigor científico-germánico.

Al año siguiente, también en Hamburgo, se matriculó en el Tropen Institut; es decir, el Instituto de Medicina Tropical, que estaba ubicado a orillas del río Elba, en donde tomó un primer contacto con el Paludismo, la Tripanosomiasis y la Amebiasis, mientras que en la otra mitad de la jornada se apuntó a la Akademische Ausland Stelle. Al Verano siguiente hizo un rotatorio de Medicina Interna en un Hospital de la Beneficencia en Heidelberg, si bien, su vocación médica ya estaba claramente orientada hacia el laboratorio.

De su paso por la Facultad de Medicina solía recordar a los profesores que mayor impronta le dejaron, y que fueron los Doctores Alcalá Santaella y Barcia Goyanes, de Anatomía, así como a los Doctores Llombart Rodríguez y su colaborador, el Doctor Alcocer, en Histología. De Don Vicente Belloch, Catedrático de Terapéutica Física, decía que era el más exigente; tenía el mayor porcentaje de suspensos y obligó a que muchos estudiantes se tuvieran que ir a Granada, Santiago de Compostela o a otras ciudades, para aprobar la asignatura. Con él no obtuvo matrícula, aunque sí un sobresaliente “pelao”.

De Don Rafael Carmena, Catedrático de Patología General decía que era un profesor muy bueno, que enseñaba los grandes cuadros clínicos, con clases amenas y bien preparadas, a las que a veces llevaba a sus propios pacientes con enfermedades de Parkinson, Cushing o Tabes dorsal. Otros profesores que oíamos mencionar en casa eran Martínez Cuesta, Valdés, García Conde (con el que luego tuvo una gran amistad), Gisbert Calabuig, Gonzalez-Cruz, Estellés, Bartual, Bonilla, Alberca y muy especialmente a Don Pablo Romero Conesa, que fue el Médico Internista y de confianza de la familia. Pero de entre todos, el que él consideraba el mejor era a Don Leopoldo López Gómez, profesor de Medicina Legal.

Mención aparte merecía su propio padre, catedrático de Microbiología, a quien le reconocía un carácter fuerte e irascible, pero al que siempre consideró como un gran científico y un magnífico profesor. De hecho, su libro “Elementos de Inmunidad”, era el que empleaban como libro de texto todas las Facultades de Veterinaria de España. Una de las prácticas que impartía y que seguro permanece en la memoria de muchos galenos valencianos, era “la gota pendiente”, en la que todo aquel que no consiguiera enfocar con el microscopio era suspendido. Fue su padre quien le inculcó la norma de que cada año debería publicar dos trabajos en revistas científicas de prestigio y presentar al menos una comunicación a un Congreso Nacional, y cada dos años presentar una comunicación a un Congreso Internacional. Como veremos más adelante, a lo largo de su vida profesional cumplió y superó esta norma con creces.

Algunos de sus mejores compañeros y amigos de la Facultad fueron José Font, Félix Albalat Pérez, Carlos Guastavino, Paco Ballester, Leonardo Mulinas, Fernando Sanz y Álvaro Pascual Leone. Con éste último tenía una sana rivalidad en la avidez por Matrículas de Honor, hasta el punto que solía contar la siguiente anécdota; en una ocasión en la que ambos habían sacado sobresaliente y se iban a presentar al examen para matrícula, Álvaro Pascual Leone le dijo:

-“Oye, ¿te sabes todos los métodos de vacunación contra la rabia?

-No, yo sólo me sé uno.

-¿¡Uno nada más!?! ¿y tú te vas a presentar a esto?. Yo de ti no me presentaría.

En el curso académico de 1957-58 le cupo el honor de ser el primer español becado para realizar estudios en el Departamento de Microbiología de la Universidad de Rochester (USA). Allí investigó con el virus de las paperas, para lo que aprendió a cultivar tejidos. Su trabajo consistía en infectar cobayas por vía nasal y cuando éstos se habían sensibilizado les practicaba la autopsia y obtenía el bazo. Con los bazos troceados infectados por el virus hacía dos grupos; uno lo trataba con cortisona y otro no, de modo que llegó a demostrar *in vitro* que los corticoides protegían contra la orquitis de las paperas. El trabajo fue publicado en *Experimental Medicine and Biology*. Como sus jefes le insistían en que se quedara a trabajar y a vivir en Estados Unidos, tuvo que ir su padre hasta Rochester para convencerlo y traérselo de vuelta consigo a Valencia, gracias a lo cual se casó con mi madre y hoy estoy en esta tribuna.

Con algunos de sus compañeros, como Sala Navarro o el propio Guastavino, cumplió su Servicio Militar como Alférez de complemento, siendo destinado a la Agrupación nº 10 de Cazadores de montaña, con sede en Pamplona. Tanto durante su periodo de instrucción, como durante su paso por la Academia Militar, como posteriormente cuando ya era Oficial de Infantería, siguió estudiando en los pocos ratos que le quedaban libres, llegando a impartir conferencias en el Gobierno Militar de Navarra, en la facultad de Medicina de su Universidad, a petición del Rector, y en el Instituto Príncipe de Viana de Pamplona.

Fue precisamente durante un permiso para acudir a la boda de su hermana, cuando conoció a la que sería su esposa; María Rosario Bernal. Según sus propias palabras, éste hecho marcó un antes y un después en su vida, que pasó del blanco y negro al color, de la melancolía a la felicidad, pues permaneció enamorado de ella

hasta el último día de su vida. Tuvieron tres hijos; Maria Rosario, Vicente y Adelaida, logrando con el esfuerzo de ambos, que todos tuviéramos carrera. Nuestro padre siempre pensó que el mejor legado que nos podía dejar era la cultura, por lo que nunca escatimó en ese apartado; de hecho, tenía con nosotros el compromiso de comprarnos todos los libros que quisiéramos, con la única condición de que nos los leyéramos.

Retomando su *curriculum* profesional, tres años después de cumplir su Servicio Militar se doctoró en Medicina con Sobresaliente *cum laude* y Premio Extraordinario.

A lo largo de su vida profesional y laboral aprobó seis Oposiciones Nacionales y obtuvo tres títulos de Médico Especialista (Preventivista, Analista y Microbiólogo). Fue miembro activo de numerosas Sociedades Científicas y grupos de trabajo nacionales e internacionales, como la Sociedad Internacional de Hematología, la Academia de Ciencias de Nueva York, las Sociedades Española, Francesa y Americana de Microbiología, así como Representante Nacional para la Tipificación Bacteriológica del Estafilococo ante la Organización Mundial de la Salud. Fue el primero en España en aislar el virus Coxaquie. Presentó 53 comunicaciones a Congresos Nacionales y a 28 Internacionales de cuatro continentes, publicó cinco libros sobre su Especialidad y 238 artículos en revistas científicas especializadas, tanto nacionales como internacionales.

Fue Profesor de Higiene y Sanidad, Microbiología y Parasitología y Profesor Jefe del Servicio de Análisis Clínicos del Hospital General de Valencia. Prolongó su vida laboral hasta la jubilación forzosa a los 70 años, si bien, continuó trabajando cuatro años más en su laboratorio de Marqués de Sotelo.

Dirigió catorce Proyectos de Investigación, diez tesis doctorales y trece tesis de licenciatura.

Una vez jubilado siguió dándonos ejemplo con su infatigable capacidad de trabajo, elaborando su segunda Tesis Doctoral, esta vez en Ciencias de la Información, según decía, para mantener la mente activa y prevenir el Alzheimer. Así pues, al final de su vida, nos impresionó nuevamente al alcanzar el grado de Doctor en Periodismo. (Por supuesto, también con Sobresaliente *cum laude*).

Para terminar, quiero aprovechar la oportunidad que me brinda la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana, para transmitir los agradecimientos que mi padre expresó antes de morir, y que son al Doctor Carlos Camps, Jefe del Servicio de Oncología del Hospital General Universitario, a las Doctoras María José Safont y Vega Iranzo, de su Servicio, así como a las enfermeras del hospital de día. A la Doctora Silvia Forcano y a la enfermera Carmen Blanes de la Unidad de Hospitalización a Domicilio del Hospital Clínico Universitario. Y especialmente, a sus antiguos colaboradores del Servicio de Análisis Clínicos del Hospital General; médicos y enfermeras.

Quisiera expresar también el agradecimiento, ésta vez en nombre de toda la familia, a su primo y amigo de la infancia Janot Pinasa, que con ochenta años quiso venir desde París para darle el último adiós y que en el momento mismo del entierro tuvo un detalle que nos emocionó; extrajo de su bolsillo un saquito con tierra francesa y la esparció sobre su féretro.

Que su capacidad de esfuerzo, espíritu de sacrificio y amor al trabajo nos sirvan siempre de ejemplo a las generaciones venideras.

Muchas gracias.